



1.º de Abril de 1916

Año VI.—Núm. 119

SUMARIO

Asociación General de Cazadores y Pescadores de España: La Junta general.—Ni de caza ni de pesca: Alegrías de antaño y tristezas de hogaño, por *Un Andalúz preguntón*.—Dicen que no, por *Francisco Barduena Alvarez*.—Perros de las praderas y marmotas.—La veda, por *Gregorio Martínez López*.—El Tiro de Pichón de Madrid.—Recetas útiles para los excursionistas.—Destellos de historia vasca: Artes de caza, por *José M.ª de Ojarbide*.—Batida á los jabalíes.—Noticias.

(No se devuelven los originales.)

ASOCIACION GENERAL DE CAZADORES Y PESCADORES DE ESPAÑA

La Junta general.

El Reglamento por que se rige esta importante Sociedad preceptúa que la Junta general ordinaria para la provisión de cargos se reuna en el mes de Enero; pero hace unos cuantos años se estableció la costumbre de no celebrar la referida Junta hasta que comienza el período de veda, con el objeto de que pueda asistir el mayor número de asociados.

Breve, brevísima fué la gestión de la Junta directiva en el pasado año social, debido, tal vez, á las pocas sesiones que celebró, no obstante tener en cartera asuntos de la mayor importancia, que requerían un detenido estudio y una amplia discusión. Continúa la apatía adueñándose de los cazadores, y es preciso sacudir el tedio, consecuencia fatal de algunos

años de continua y fructífera labor, que dió por resultado el cansancio.

Obra de titanes fué siempre el sostenimiento de una Sociedad cuya cuota individual es insignificante, modestísima, si se tiene en cuenta que ha de vivir con el decoro y con el prestigio que necesariamente ha de tener por ser la central de todas las de España. Sin embargo, el milagro se hace, y cierra anualmente sus cuentas con superávit que la permite una vida, si no próspera, suficientemente desahogada para cumplir sus altos fines sociales.

La Asociación General, pues, continúa su marcha; camina por su sendero, paso á paso, pero camina; su actividad, sea cual fuere, garantiza su vida, y si en alguna ocasión languidece, no la faltan elementos sanos y entusiastas que eleven su espíritu y la lleven de nuevo á la pelea y la conduzcan á la victoria; para ello basta una ferviente fe cinegética y un pecho noble, limpio de bajas pasiones.

No basta tener afición á la caza: hay que sentirla muy hondo; no son cazadores todos los que se dedican á ella: existe gran número de *deportistas*. La afición á

la caza es la práctica de un culto que tiene sus altares, sus sacerdotes y sus fieles; el que no lleva dentro de su corazón esa devoción y no la reverencia, jamás podrá regir la comunidad cinegética, le falta el don del divino arte y no llegarán á convencer sus doctrinas.

Sepan, pues, los que se convierten en elementos directores que no basta la voluntad, la buena fe ni el entusiasmo; se necesitan aptitudes especiales, algo poco corriente, privilegiado; y estas condiciones personalísimas, congénitas, nativas, sólo las poseen determinadas personas.

He aquí la dificultad del acierto en la elección de Juntas directivas.

La Asociación cuenta entre sus socios con un crecido número de aquellos cazadores que hicieron de la afición un verdadero culto, y cuando rigieron los destinos sociales fueron derechamente, sin vacilaciones, á poner el dedo en la llaga, y la curaron de sus males, la regeneraron y elevaron su prestigio y llevaron su nombre mucho más allá de las fronteras españolas.

Sus máximas, sus consejos, sus prácticas, deben ser la guía que conduzca á los que llegan animados de buenos deseos y que quizás algún día, impregnados de aquel ambiente de santidad cinegética, profesen en ella y sigan el mismo culto. En una palabra, para regir los destinos sociales se necesitan cazadores.

Como este preámbulo nos distanció bastante de lo que ocurrió en la Junta general, volvamos á ella.

No hubo discusión interesante digna de mencionar, no se tomó acuerdo alguno que merezca los honores de la publicación; todo quedó pendiente de estudio para la nueva Junta directiva, que fué votada y proclamada á continuación.

Dos aciertos tuvo la Junta: el nombramiento para el cargo de Presidente efectivo, que recayó en el Excmo. Sr. Marqués de Ibarra, y el de Secretario general, á favor de D. Alfredo de Castro, dos garantías incuestionables para el mejor desenvolvimiento de los fines sociales, nombres prestigiosos que honran la entidad social. Son

los cargos de mayor importancia, alrededor de los cuales se mueve una numerosa Junta directiva, compuesta de cuatro Vicepresidentes, cuatro Vicesecretarios, un Tesorero, un Contador, un Bibliotecario y treinta Vocales.

La mitad, próximamente, de los individuos que componían la Junta anterior, fueron reelegidos, entre ellos D. Lucilo Ramírez, insustituible Tesorero, y D. José Arauna, notabilísimo Contador.

Entre los Vocales reelegidos figuran don Celestino Tejado y D. Alfredo Angel Herreros, entusiastas cazadores, dignos de figurar en aquella cofradía cinegética como eminentes mantenedores del culto á que nos referíamos en el preámbulo de estos renglones: por algo se les hace figurar al lado de los Vocales natos, apóstoles de la afición, D. Juan María de Conde, don Juan Morales de Peralta y D. Ramiro Molina y del Vicepresidente D. Pedro Herce. Todos ellos conocidísimos y respetables entre los más entusiastas aficionados.

Los pescadores tienen también su representación en la Junta, pues forman parte de ella aquellos dos colosos en el arte de la pesca que se llaman D. Diocleciano Llorente y D. Juan Zornoza.

Llevan, pues, los dignísimos Presidente y Secretario una valiosa compañía con los individuos que hemos citado, que son los que conocemos por sus obras, por sus iniciativas y por su sana labor dentro de la Asociación y fuera de ella. Esperemos los actos del resto de la Junta nombrada para juzgarlos, y con ello daremos una prueba más de nuestra imparcialidad.

Con una baja muy sensible cuenta la nueva Junta: la de D. Enrique Seseña, que tantas veces ocupó el primer cargo en los períodos de mayor florecimiento de la Asociación.

También hemos de hacer constar la renuncia hecha, según se nos afirma, por uno de los Vicepresidentes, D. Gregorio Martínez López, incansable batallador, fundador con otros de la entidad social, y cuyo nombre adquirió justa fama por sus valientes artículos en esta Revista.

Tal fué el resultado de la votación veri-

ficada en la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España, en uno de los últimos días del pasado mes de Marzo.

Muchos y trascendentales son los asuntos de que ha de ocuparse la nueva Junta directiva: de ellos iremos dando cuenta conforme los vaya tratando, para que los conozcan nuestros compañeros de provincias, á quienes invitamos á que presten su ayuda en todo aquello que consideren de interés. CAZA Y PESCA estrechará los lazos de unión y de compañerismo, por ser el órgano oficial de la Asociación y representar á las Sociedades de provincias que cooperan á una labor regeneradora.



NI DE CAZA NI DE PESCA

Alegrías de antaño y tristezas de hogaño.

Mucho, muchísimo decir de mi humilde persona son las frases que me dedica el Sr. Martínez en su artículo último «El Perrelló», que, como todos los que lleva publicados en nuestra simpática Revista y leídos por mí ávidamente una y mil veces, tan galanamente están escritos. Por la lectura de ellos, y antes de haber tenido el honor de recibir ninguna de las cartas con que después me ha favorecido, las cuales me honran y dignifican grandemente por venir de persona de tan excelentes condiciones personales, ya se había ganado todas mis simpatías y, por tanto, ya le apreciaba hasta con entusiasmo. Mas ahora..., ahora van á volverse las tornas como el Sr. Martínez no deje la marcha emprendida en el periódico; porque como conozco no ser merecedor de tantas alabanzas, si no desiste de prodigármelas podría suceder que yo, perdiendo la recta razón, llegara á creérmelas, y entonces ¿quién sería capaz de aguantarme en mi orgullo, vanida-

des é impertinencias? ¡Ah!, no por Dios, amigo D. Salvador; escriba mucho, mucho y á menudo, pero hablemos de llobarros, barbos, anguilas, fulígulas, etc., y déjeme en paz y tranquilo vegetando en casa, sí, en casa, sin salir en busca de rabonas—que por aquí las hubo y muchas *in illo tempore*—, de perdices que abundaron más que en Sierra Morena, de codornices que nos alegraban por doquiera con sus famosos *güéspedes*, *güéspedes*, de conejos que tenían nuestros campos minados..., y de anguilas, barbos, bogas y bocones, abundantes en nuestros ríos más aún que las innumerables gotas de agua de que se forman sus corrientes.

Mas aquellos felices tiempos se fueron para no volver jamás, pese á nosotros los aficionados, prediquen cuanto quieran con tan laudable y sana intención los honorables y dignísimos entusiastas Sres. Morales Peralta, Acevedo, Martínez y tantos otros defensores cuyos nombres omito en honor á la brevedad, á todos los cuales he de recordar, si bien con tristeza y resignación, aquel proverbio que dice: «Predicar en desierto, sermón perdido».

Las leyes de la Nación serán muy sabias; excelente la de Caza y Pesca, quitando ó modificando algunos lunarillos que tiene; pero los individuos obligados á cumplir esta última, quizá por la falta de instrucción en unos, por el carácter español en otros y por la avaricia de los más en llevarse de una sola vez cuantos animalitos corran por la tierra, vuelen por el aire ó surquen las aguas de los ríos, lagos, mares y océanos; todos, todos estos individuos, cazadores de ambición de carne y no de afición á estos recreos, se complacen en no hacer más que lo que la ley prohíbe, pese á quien pese y ocurra lo que ocurriese, y tienen nuestros campos y ríos asolados.

Los guardas jurados y los nombrados por los Municipios no se ocupan de la referida ley, si no es que también faltan á ella; pero aunque se ocuparan, tienen por regla general pocos respetos para hacerse obedecer, mucho más si se atiende á que son vecinos de las localidades cuyos tér-

minos guardan, y siendo tan conocidos tienen compromiso con casi todos los habitantes de éstas. Los guardias civiles harto hacen con los servicios diarios más importantes que les están encomendados, amén de que aunque quisieran perseguir á los furtivos cazadores no les sería posible, á menos que no les ocurriera el milagro del pan y los peces: que cada uno pudiera centuplicarse para poder estar en todas partes y tener vigilado todo el término de su demarcación.

¿La prueba? Allá va, y esto sucede en todas partes:

Cinco guardias civiles tenemos en esta población, si es que no están reconcentrados, como sucede con frecuencia: de ellos, uno tiene obligación de quedar de vigilante en el cuartel; dos salen de día á prestar sus servicios al campo, entre tanto que la otra pareja queda entregada al descanso para poder prestar los suyos durante la noche. De este modo es imposible que tropiecen con los furtivos cazadores y pescadores, como lo tengo probado en el espacio de treinta y cinco ó treinta y ocho años que llevo de afición, en cuyo tiempo puedo asegurar no haberme encontrado en mis expediciones más que una sola vez á los guardias, y esto por voluntad mía, porque no faltaron individuos que ya de palabra, ya con indicaciones de gestos, y aun poniéndose del revés el sombrero para imitar á los usados por los de ese Cuerpo, me invitaban á huir, á que me ocultara para no encontrarme con ellos; pero no tuve necesidad de hacerlo por ir provisto de mi correspondiente licencia y en las condiciones exigidas por la ley, con sólo mi pachón, que es como he cazado desde hace bastantes años.

Mas no crean mis lectores que son únicamente los individuos poco instruídos, las gentes más rudas, los que cometen abusos de esta índole; lo son también, y quizá con más frecuencia, más descaro y más insolencia, con mayor culpa aún, los que debieran dar ejemplo. Yo mismo los he visto, y todos mis lectores habrán tenido ocasión de presenciar tales arbitrariedades, que no denunciemos á las autoridades,

primero porque estas denuncias tal vez se tomen á irrisión, y segundo por la muy poderosa razón de que ningún ciudadano pacífico tiene necesidad de llevar siempre la mano derecha en el bolsillo y sobre el revólver, ni menos aún de ganarse la antipatía de la generalidad de los individuos, que son los que cazan y pescan por los medios ilícitos, quizá creyendo que con ello no molestan á nadie ni faltan á la ley.

He aquí la causa de ver nuestros campos y ríos despoblados, desiertos de toda clase de animales; he ahí la causa de que muchos que deberían ser buenos aficionados, sacar las necesarias licencias é ir á distraerse los días que sus deberes les dejaran libres, hoy no lo sean, no pidan licencias, con lo cual perjudican los ingresos en las arcas del Tesoro; se busquen otras distracciones ilícitas en casinos, cafés, tabernas y casas *non sanctas*, entregándose desenfrenadamente en manos del vicio y de la corrupción, faltando á sus deberes familiares y demás de la sociedad, malgastando lo que debiera ser de utilidad en sus casas, y haciéndose indignos de ser tratados por personas sensatas, llegando á ser muchos de ellos la hez de la sociedad, la polilla y vergüenza de la Nación...

¿Y no habrá medio alguno de corrección para estos desmanes? ¿No podríamos pedir y conseguir (y esto sería muy justo por ser producto de los cazadores) que el importe de las licencias de caza y pesca que el Estado toma, se dedicara al aumento de una ó varias parejas de Guardia civil en cada puesto, según la importancia de las poblaciones donde éstos radiquen, cuyos guardias no tuvieran otra misión que vigilar constantemente la caza y pesca, hacer cumplir los preceptos de la ley de ellas, perseguir á los infractores para que, una vez cogidos, fueran juzgados y condenados por los mismos jefes superiores de la provincia, en lugar de serlo por los jueces municipales, como hoy se hace, quedando las multas íntegras á beneficio de la pareja denunciadora?

Del modo expresado, ó de otros mejores propuestos por mis compañeros de afición, todos de más capacidad é inteligencia que

yo, habría más, mucho más temor; la caza y pesca aumentaría, y tendríamos la satisfacción de ver en muy poco tiempo poblados de animales nuestros campos y ríos; habría gran número de aficionados verdad; todos sacaríamos licencias (que quedarían pagadas con el producto de los animalitos aprehendidos en uno ó varios días); contribuiríamos al sostenimiento y aumento de los vigilantes citados, y... ¡oh, qué dicha!, veríamos satisfechos nuestros inofensivos recreos, llegando á nuestras moradas con los zurroneos repletos de... ¡higiene y... distracciones lícitas! que son cosas que aumentan la felicidad y bienestar de las familias, después de los muchos días en que todos los individuos que las forman han estado dedicados con gran constancia al trabajo que ha de proporcionarles los medios de subsistencia y el bienestar de todos y cada uno de ellos.

De no suceder así, de no cambiar radicalmente nuestras costumbres y organización, de no hallar otros medios más en armonía con las necesidades de los actuales tiempos, ya podemos decididamente los aficionados vender nuestras escopetas por bajo precio para que sean utilizadas como hierro viejo, dar una bolita de estricnina á nuestros canes, encender la lumbre con las cañas, aparejos, corchos, cestas ó chisteras para calentarnos durante el invierno, y entonces... provistos todos de excelente rosario de cuentas gordas, como los que usan los capuchinos, meternos en el rincón más solitario y lóbrego de casa y... rezando y más rezando, prepararnos á bien morir para cuando Dios ó el diablo se sirvan llamarnos á sus moradas.

Así os lo dice el más maleta de los cazadores y más galapaguero de los pescadores, que desea oír la autorizada palabra de los Sres. Morales Peralta, Tejado, *Erre*, *Un escopetero*, Zornoza, *Cachete* y *Cachetico* (si han vuelto de Filadelfia), y sobre todo la del íntimo amigo D. Salvador Martínez, á todos los cuales saluda afectuosamente

UN ANDALUZ PREGUNTÓN.

Rute y Abril 1916.

DICEN QUE NO

Dicen los amargados, los apáticos, los que á voz en grito pregonan constantemente que ellos han luchado con todas sus fuerzas (no sé si de cíclope ó de niño raquí-tico) por la regeneración cinegética, los que en cualquier momento, venga ó no venga á tono, pregonan que llevan tantos y cuantos años poniendo sus energías por el ideal de sus aficiones, DICEN QUE NO conseguiremos nada los que sin vocingileo alguno, los que humildemente se reconocen empujados ANTE TANTA FUERZA DESARROLLADA, los que trabajamos como hormiguitas, recogiendo poquito á poco los entusiasmos de nuestros compañeros, pulsando las opiniones para tener una idea aproximada de los que con nosotros están; estoy seguro que se equivocan, ¿verdad, entusiastas y queridos compañeros? Vosotros tenéis la palabra; decidme con franqueza si estoy equivocado, y en caso afirmativo haré lo que ellos, dedicarme á censurar lo que los demás hagan y dejar pasar el tiempo, para luego poder decir todos los años que he trabajado como una fiera (aun cuando no haya hecho nada), pero que ya cansado me retiro de la lucha porque mis fuerzas se agotan (á lo mejor este agotamiento de energías lo confundiré, como algunos hacen ahora, por un impulso de vanidad ó soberbia, que para el efecto teatral resulta magnífico); es claro, todos me admirarán, y como no sabrán más que lo que yo les diga, seguramente me pondrán en cuadro de honor. Pero no, queridos compañeros cazadores y pescadores, estoy CASI convencido; digo casi, porque como la idea es tan grande y tan hermosa, me da miedo y me considero muy poco para obra tan magna; pero este temor desaparece cuando veo que aún hay enérgicos y entusiastas compañeros, que á pesar de su constante labor, de sus muchos años de lucha activa, no se han cansado y están dispuestos á trabajar con afán para que la Federación deje de ser un ideal para convertirse en realidad; seguramente que os agradaría que

diera nombres, ¿verdad? Hoy no, en otro los diré; únicamente quiero daros á conocer al que primero inició en público la idea de la Federación: fué nuestro incansable y entusiasta compañero D. Gregorio Martínez.

Yo quisiera que todos, absolutamente todos, desecharais prejuicios insanos y particularísimos, y como un solo hombre os convirtierais en incansables propagandistas; tened en cuenta que además de vuestro trabajo, tendréis que poner también vuestros intereses, porque los gastos de organización no serán pocos; pero, en fin, creo que para cada uno será cuestión de céntimos. Espero que las Sociedades y todos los que sienten verdadero cariño á las aficiones cinegéticas y piscícolas responderán á este llamamiento, y les ruego que procuren atraer á los que no pertenezcan á Sociedades ó que no sean lectores de esta Revista.

Quisiera tener gran fluidez de expresión en mis escritos para hacer llegar al ánimo menos propicio lo grandioso de la obra que anhelamos, pues creo magna la unión de cuarenta y tantos mil aficionados que existen en nuestra Patria.

No quiero cansar; os prometo otras *litas*, para que sepáis cómo daría cuerpo á mi sueño dorado de la Federación.

DICEN QUE NO; contestad vosotros, queridos compañeros; os lo pide vuestro incondicional amigo

FRANCISCO BARDUENA ALVAREZ



Perros de las praderas y marmotas

Entre las ardillas que viven en las madrigueras construídas en tierra y las marmotas y animales afines no hay grandes diferencias. Estos animales han perdido la costumbre de trepar, aumentando, en cambio, la de abrir madrigueras en tierra.

Se parecen a las ardillas, aunque son más tranquilos y no se alejan mucho de sus guaridas.

Un perro de la pradera ó marmota puede compararse á una ardilla que se ha separado de sus compañeras y fijado su residencia aparte. Los animalillos llamados en América perros de las praderas tienen en el Norte de Europa y en las estepas de Asia un pariente próximo, llamado espermófilo. Los dos viven en colonias, forman con rapidez madrigueras en tierra, se alimentan con yerba y acostumbran á cubrir la salida de sus guaridas para ocultarlas á sus enemigos. Los perros de las praderas ladran lo mismo que un perrillo cuando se alarman. Antes de dormir, sacan al exterior la yerba seca sobre la que han dormido y conducen á su dormitorio yerba seca partida para hacer la cama. Los espermófilos y los perros de las praderas son de color gris parecido á la arena en que acostumbran á formar sus madrigueras. Todos sabemos que los buhos de América viven con ellos y que la serpiente de cascabel devora unos y otros cuando son pequeños. Un amigo del autor de estas líneas dió muerte á una serpiente de cascabel que tenía aún en la boca un perro pequeño de las praderas. La serpiente no le había matado con su ponzoña, sino que principió á deglutirle vivo, así que fué posible reanimarlo y conseguir que viviera.

El espermófilo vivió en cierta época en Inglaterra; sus restos, como los de otros animales de estepa, se encuentran en las arenas de los ríos y en las tierras arcillosas de la cuenca de Londres. Los perros de las praderas forman el lazo de unión entre los espermófilos y las marmotas verdaderas. Tienen la cola y las orejas cortas, los cuerpos redondos, y están dotados de facultades excepcionales para abrir agujeros en tierra.

Cuando un perro de las praderas no tiene otra cosa que hacer, suele entretenerse en abrir hoyos ó en cortar la yerba para preparar su lecho. Estos animales tienen al nacer el tamaño de un ratón. Cuando son adultos se alimentan casi exclusivamente de yerba. Al parecer, no ne-

cesitan agua y pueden vivir en las comarcas más áridas.

La marmota de los Alpes es una especie mucho mayor que los perros de las praderas. Vive en los Alpes, exactamente debajo de la línea de las nieves perpetuas. Se reúnen de cinco á quince de estos animales, forman guaridas profundas y, lo mismo que los perros de las praderas, las tapizan con yerba. Almacenan también yerba seca, que les sirve de alimento. En otoño están muy gruesas, y en dicha época es cuando los montañeses las cazan para comerlas. Las marmotas jóvenes son domesticadas por los muchachos saboyanos y exhibidas en otros países, pero esta costumbre es hoy rara. El mono es, según toda probabilidad, más atractivo para el público que la gruesa y soñolienta marmota. Las marmotas tienen el tamaño de un conejo y su piel es de color de óxido de hierro.

Tschudi, el naturalista de los Alpes, dice que las marmotas son los únicos mamíferos que habitan la región de las nieves. Ningún otro cuadrúpedo de sangre caliente vive á semejante altura. En primavera, cuando se licúan las nieves más bajas, quedan, por lo general, pequeños trozos de tierra cubiertos de yerba poco crecida cerca de sus madrigueras, y grandes peñascos, precipicios y piedras. Fabrican entonces sus madrigueras, y mientras comen, fuera de ellas tienen siempre apostado un centinela que les avisa la aproximación del águila ó de otro cualquier enemigo. Las marmotas paren en Junio cuatro ó seis hijuelos. Éstos, cuando salen por vez primera á la boca de las madrigueras, son de color gris azulado; la piel adquiere después un color más parduzco. Estos animales viven á una altura de 2.000 á 3.000 metros, en cuyas regiones el invierno es terrible. A fines de otoño la tierra está ya cubierta de nieve y las marmotas se retiran á dormir durante todo el invierno. Como no permanecen insensibles en todo este período y necesitan alimento en una época en que les es imposible proporcionárselo, almacenan yerba que cortan en Agosto y que no conducen á sus madrigueras hasta que está seca.

La marmota de los Alpes habita también en los Cárpatos y en los Pirineos. Otra especie, el *bobac*, vive al Este de la frontera alemana, en Polonia y Rusia y en las estepas hasta Kamchatka.

Tiene 37 centímetros de larga y 9 de cola. Su pelo, espeso, es de color leonado en el lomo, amarillo vivo claro en el cuello, la cabeza y las extremidades, y amarillo obscuro en la cola, que es casi negra en la punta. Habita las llanuras pedregosas y se reúne en grandes manadas. Al empezar el invierno se esconden en sus madrigueras, cuya abertura tapan con un muro grueso formado de piedras, arenas y de sus excrementos. La mayor parte de la invernada la pasan adormecidas en una especie de letargo.

Cuando llega la primavera salen al exterior, pero sólo en el centro del día, en las horas de más calor. No encuentran yerba en abundancia, que constituye su alimento, y esto, unido á los rigores de la invernada, hace que sea tan grande su debilidad, que apenas pueden andar. Son entonces presa fácil de las águilas, de los lobos y del hombre. Al llegar el mes de Mayo, encuentran alimento abundante y tardan poco en recobrar sus fuerzas y agilidad.

En Ladak y en el Tibet occidental se cría una especie de cola corta, la marmota del Himalaya, que vive á más de 5.000 metros de altura. En Pamir existe otra variedad, la marmota dorada.



LA VEDA.

LEY DE CAZA DE 1902

Tres consideraciones de fuerza irrefragable nos obligan á todos los ciudadanos españoles á sostener con todo su vigor y pureza el lema con que van encabezadas estas cuartillas; es la primera, *obediencia*, que nadie que viva en país civilizado debe eludir el cumplimiento de una ley que lleva la sanción de las Cortes y está pro-

mulgada bajo la firma del primer magistrado de España, que es el Rey; la segunda es el *respeto* lógico é indiscutible que todos y cada uno debemos á las leyes inmutables de la naturaleza, que están ó deben estar por encima de toda sanción legislativa de los hombres, por ser mucho más grandes y más sabias que los hombres mismos; y tercera, el *interés natural* por nuestros ideales de cazadores de *buen cepa y sin trampa*, por cuanto, ya lo he repetido muchas veces, ¿si no dejamos que las especies se reproduzcan, cómo realizar nuestra ilusión de cazar?

Demasiado cierta es, por desgracia, la idea de que el hombre, con sus instintos egoístas, suele predicar todo aquello que quisiera que realizasen los demás, pero quedando en libertad de hacer él todo lo contrario para mayor satisfacción de su capricho; y si por acaso en el asunto que nos ocupa logra realizar sus deseos, su cinismo llega al extremo de considerarse superior á sus semejantes, alabándose de la impunidad de sus faltas. Esto algunos espíritus desaprensivos suelen decir que es *muy humano*, cuando en realidad el mismo calificativo que deberían apropiarse es el de *desahogados*, porque desahogo y muy grande es tener deberes inexcusables que cumplir y eludir su cumplimiento arteramente.

Cuando tanto y tan bien se ha razonado sobre este terreno de la veda rigurosa, por todos y para todos, y vemos que á la generalidad de los que pretenden llamarse cazadores, ni le dan importancia ni les preocupa lo más mínimo, nos ocurre pensar y preguntarles: ¿Qué pretendéis? ¿Qué deseáis? ¿Qué tenéis de cazadores? Nada, absolutamente nada; sois unos farsantes en tan honrada afición, á la par que unos egoístas inconscientes con vistas á la realización de la moraleja del dueño de la gallina de los huevos de oro, puesto que, como éste, al matar la madre acabáis con el tesoro de los buenos aficionados á cazar.

El ánimo más esforzado de cualquiera luchador por un ideal, cuando ve que ni sus predicaciones ni su ejemplo, demostrado en mil ocasiones, para nada se tienen en

cuenta por los que se llaman sus compañeros de afición, parece lógico y natural que decaiga y se amilane; pero quien estas líneas escribe opina al contrario y declara, no á título de desafío, sino de convencido y resignado: *Sois muchos contra mí*, pero no me importa; yo estoy y estaré contra *esos muchos*, y repetiré cuantas veces sea preciso: SOIS UNOS INSENSATOS, SOIS UNOS EGOÍSTAS y, por último, NO SOIS CAZADORES, por cuanto si por vuestras venas corriera sangre de aficionados de verdad y tuvieseis conciencia exacta de lo que es el ideal del buen cazador, respetaríais la veda, fuente inagotable de vuestras futuras diversiones.

Pongo punto á estas cuartillas, escritas y dirigidas exclusivamente para los aficionados de Nerva, pueblo de la provincia de Huelva, á cuyas instancias las escribo gustosamente, requerido para ello por el buen aficionado de dicha localidad don Alfonso Muñoz, mi buen amigo, sintiendo no haber podido hacerlo antes por mi delicado estado de salud.

GREGORIO MARTÍNEZ LÓPEZ

Madrid 19 de Marzo de 1916.

Escopetas de las mejores marcas, á precios reducidos. Utensilios de caza, cronómetros, aparatos fotográficos y mil distintos objetos á precios increíbles. Verdaderas gangas.

AL TODO DE OCASIÓN—Fuencarral, 45.

El Tiro de Pichón de Madrid

La Sociedad del Tiro de Pichón de Madrid, cuya importancia aumenta cada año, decidió hace poco tiempo construir un nuevo edificio social para atender debidamente á sus necesidades, y no tardó en llevar á la práctica el pensamiento.

Se buscó sitio apropiado dentro de la Casa de Campo, que S. M. el Rey puso entera á su disposición con el desprendimiento que le caracteriza, y se acordó emplazarlo en el mismo lugar por reunir mejores condiciones que ningún otro.

Se hizo un concurso, se eligió entre los proyectos el que pareció que llenaba más las necesidades del Tiro, y se procedió al derribo del antiguo *chalet*, para construir el nuevo sobre los cimientos del viejo.

Las obras debieron quedar terminadas en el mes de Noviembre, para que el Tiro pudiese funcionar en Enero. Pero se retrasaron considerablemente por diversas causas, y aún no están terminadas, ni lo estarán en algún tiempo. El nuevo edificio es elegante y amplio.

Se inauguró el nuevo servicio de cocina dando el Conde de los Villares un almuerzo, que honró con su asistencia Su Majestad el Rey.

Los otros invitados fueron el Conde de Maceda, cuya mejoría es tan rápida que pronto podrá manejar la escopeta; el Duque de Tarancón, el Marqués de Bermejillo, D. José y D. Joaquín Santos Suárez y otros.

Después del almuerzo se verificó una interesante tirada, disputándose una copa, regalada por Su Majestad. La ganó el señor Lanzasote.

Éste regaló otra copa, que fué ganada por D. Eduardo Careaga.

Tomaron parte además en la tirada los Sres. Marqueses de Ferrera, Scala y Valderrey; Pidal (D. Ignacio y D. Roque), Angulo (D. Carlos), Fernández Maquieira, Camino (D. Manuel), Vallés y algunos más.

A NUESTROS LECTORES: Se ha puesto á la venta la edición 4.^a del libro de D. Agustín Alvarez-Navarro

Legislación de caza, pesca y uso de armas.

Los que deseen adquirir tan notable libro deben de apresurarse en hacer el pedido, porque nos comunica su autor que esta edición es de bastantes menos ejemplares que las anteriores. Véanse detalles en la sección correspondiente.

Recetas útiles para los excursionistas.

El bicarbonato de sosa tiene muchas aplicaciones. Es un excelente remedio contra las quemaduras y escaldaduras. Se aplica cubriendo la parte dañada con bi-

carbonato seco ó recién humedecido. También sirve este producto para aplacar el dolor de las mordeduras y picaduras de los insectos; y además de su conocida eficacia contra las malas digestiones y el ardor del estómago, es un remedio excelente contra el insomnio tomando un poco disuelto en agua tibia, al acostarse.

Para ahuyentar las moscas se empapa un esponja en agua hirviendo, se pone en una cazuela y se echa por encima media cucharadita de aceite de espliego. Esto da un olor muy agradable semejante al de violeta, pero es muy molesto para las moscas, las cuales no tardan en desaparecer. La esponja hay que humedecerla con agua hirviendo dos veces al día, y para que conserve el olor es preciso echar una dosis de aceite todas las semanas.

Si están las botas húmedas al descalzarse, deben rellenarse de papel blando, porque además de absorber la humedad conserva la forma el calzado. El calzado duar más y se pone impermeable dando á las suelas dos manos de barniz copal. La operación hay que repetirla de vez en cuando.



DESTELLOS DE HISTORIA VASCA

ARTES DE CAZA ⁽¹⁾

No pienses, lector, en magníficos rifles ni en perfeccionados fusiles, ni siquiera en las hoy arrinconadas escopetas de pistón. Antes de que en este menester se utilizase la pólvora, los vascos cazaban osos y jabalíes y lobos, á fuerza de audacia y de habilidad. Á aquellos tiempos has de retrotraer tu imaginación.

(1) D. José María de Ojarbide publica en *Euzkadi* este interesante y curioso artículo.

Uno de los medios muy empleados, y para el que no se necesitaban artificios de ningún género, era el de observar atentamente desde un escondrijo las bocas de cuevas y guaridas de animales, para ver salir á las piezas mayores. Cuando éstas se alejaban, los centinelas se apoderaban de las crías. Así cazaban—y no nos atreveremos á asegurar que el procedimiento haya caído en completo desuso—jabalíes, osos, lobos y otros animales.

Pero es claro que, por este medio, los cazadores sólo podían aspirar á apoderarse de un limitado número de piezas en estado de cría: los ejemplares fuertes no se dejaban aprisionar entre dedos, por férreos que éstos fuesen. Y se inventaron poco á poco las trampas, cepos y lazos de mil clases.

Estuvo muy en boga una trampa sencillísima que fué seguramente la primera que los cazadores vascos emplearon: un gran hoyo, de boca bien disimulada y frágil. Al pasar el animal sobre el ramaje que la cubría, al peso cedía la cubierta y el cuadrúpedo caía al fondo de la trampa.

Siguiendo el grado de perfeccionamiento inevitable en todas las cosas, se idearon otras trampas en las que eran elementos indispensables las cuerdas y ramas flexibles, y otros «ingenios» de los que formaban parte materiales cuya aplicación posible al caso no se ve hoy á primera vista: tal sucedía, por ejemplo, con las losas de piedra, que bien combinadas dieron realidad á una trampa que se llama *losa*. Y con ella repartieron el dominio del engaño los *cozuelos*, *gavias*, *calderos* é invenciones del mismo género.

El uso de los cepos estaba muy extendido, y las leyes de Navarra regularon su uso. Esas leyes se ocupaban de detalles que hoy nos parecen excesivamente minuciosos, y por lo que al cepto respecta, las de Navarra establecían clara y rotundamente que todo animal aprisionado en él pertenecía al dueño del cepto: «de toda caza que cae en cepto, del señor del cepto debe ser la caza».

Y en otro capítulo establecía que el propietario de los cepos debía dispararlos si

el montero quería salir á cazar con hombres, caballos y perros. Y si por desobediencia del advertido, «cayese en el cepto hombre ó caballo ó can», el «señor del cepto», es decir, el amo, tenía obligación de costear los gastos de curación y los de alimentación durante la enfermedad, y debía «enmendar el mal fecho» en la forma oportuna, si en algún cepto ó á consecuencia de la cogida moría el hombre, el caballo ó el perro.

Por lo que hace á los lazos, estaba prohibido colocarlos cerca de los palomares. Por sólo ponerlos, ya debía el interesado pagar cinco sueldos de multa, y cinco más por cada paloma que cogiese. Y cinco sueldos tenía también que pagar por cada perdiz apresada; al pueblo le estaba prohibido cazarlas para no quitar á «Reyes y Fidalgos de la tierra» la distracción de cogerlas, pues escrito estaba en el Fuero que la caza es propia de caballeros é hijosdalgo, que han de buscar en ella modo de «pasar el tiempo con decencia, y ejercitarse en el manejo de las armas».

Con lazos cogíanse las liebres y los conejos: la caza estaba regulada por leyes de vedas y diversas instrucciones.

Las redes suponen un paso más de avance en la construcción de aparatos, y su uso, en los casos de prohibición, estaba castigado más duramente que el de los lazos y cepos. Con redes se cazaban liebres y conejos, además de perdices, codornices y otros volátiles. Y, lo que parece más extraño hoy, se cazaban también corzos con red, según Labairu asegura; dice, en efecto, que en tiempos secos se los cogía así en el valle de Karranza y de Trucios.

Pero no todas las trampas entregaban muerta la caza. Un corzo apresado en red ó un oso caído en el hoyo, disfrutaban de plena vida, y no era posible manejarlos sin más, á voluntad del cazador. Para matar estas piezas aprehendidas, y muchas veces para cazarlas cuando disfrutaban aún de libertad, se hacía empleo de hachas, lanzas, flechas, chuzos é instrumentos parecidos. Tanto abundaban entonces estas armas, que en el siglo XIII, durante las guerras civiles, los habitantes de Men-

davía se vieron precisados á disponerse á la defensa de la villa, y fueron los chuzos de caza las armas de que para ello se valieron.

Cuando de cazar liebres se trataba, se usaba la ballesta, y se daba el caso curioso de que, á fin de no rasgar la piel ni la carne del animal, la flecha arrojada, muchas veces no terminaba en punta, sino en bola, cuyo golpe aturdió al animal durante el tiempo necesario para poder cogerlo.

Los cinégetas de antaño eran muy duchos en utilizar ciertos animales como valiosos auxiliares para sus empresas. Se valían de los leopardos, llevándolos en la grupa del caballo hasta levantar la caza, y soltándolos entonces para que el leopardo la persiguiera y diera alcance. Era éste, procedimiento muy usado en Navarra: en el castillo real de Olite existía una habitación denominada *la leonera*, que servía de encierro á leopardos y otras fieras que de lejanos países se traían para destinarlas á la caza. Estas fieras se aplicaban á la caza de pelo, pero de un procedimiento semejante se valían también aquellos ingeniosos cazadores para hacerse dueños de los volátiles.

Se empleaban al efecto azores y halcones domesticados, que se llevaban sujetos al campo, y á los que se les soltaba al divisar la caza. Los halcones y azores la perseguían, alcanzaban y ponían á disposición de sus dueños. Generalmente, los machos cazaban codornices y perdices, y las hembras milanos, grullas y aun liebres.

Sólo los hijosdalgo podían tener estas aves de rapiña, que eran consideradas como nobles entre los volátiles. Se hacía de ellas tal aprecio, que se traían pagando precios exorbitantes, y se las atendía con esmero ridículo. Dice el Mariscal de Fleurandes que el cargo de Gran Halconero de Francia era uno de los principales del Reino: cobraba 80.000 francos anuales y tenía á sus órdenes, con grandes sueldos, 50 nobles y 50 halconeros que cuidaban de 300 halcones. Ese Gran Halconero tenía muchos privilegios, entre ellos el de presentarse en las ceremonias públicas lu-

ciendo el halcón sobre el hombro, y el que en las cacerías el Rey no pudiese dar vuelta á su halcón antes de que el Gran Halconero libertara al suyo.

Podríamos dar detalles realmente ridículos de las consideraciones que los cazadores guardaban al halcón. No sabemos si en Navarra se llegó á tales extremos; pero sí consta que los traían de lejanos países pagando enormes cantidades.

En una ocasión, á fines del siglo XIV, el Rey de Castilla regaló dos halcones al de Navarra, y el obsequiado entregó 1.000 pesetas á los portadores del regalo: es una prueba del aprecio que de los animalitos se hacía.

Otro eficazísimo auxiliar para el ejercicio de la caza eran los perros, que también tenían en el Fuero leyes que les protegían. Los perros más estimados eran los galgos y podencos; los primeros eran patrimonio exclusivo de los hijosdalgo; pero la caza con los podencos les estaba también permitida á los eclesiásticos constituidos en dignidad. Esta caza con podencos y ballesta era, á juicio del Fuero, «más conveniente y honesto que otro alguno» modo de cazar, y se recomendaba á los clérigos porque «son los que mejor saben adiestrar á estos podencos», cuya raza hubiera peligrado si á los sacerdotes se les hubiera restringido la libertad de usar de ellos. Esta raza de podencos navarros llegó á tener gran renombre.

Entre los auxiliares movibles que para la caza empleaban los aficionados de aquellos tiempos á que estamos dirigiendo rapidísima ojeada, se empleaba ya la *vaca artificial*, de madera, que permitía á los cazadores del interior acercarse á patos y ánades sin sembrar desconfianza entre los volátiles.

Cuando la química obtuvo la estricnina se ampliaron con su empleo los modos de cazar. ¡Cuántos lobos han muerto en nuestras montañas á consecuencia de haber ingerido bolas de estricnina disimuladas entre buenos trozos de carne de burro! Como no era fácil que el lobo en sus correrías acertase á pasar precisamente por donde las bolas se habían colocado para

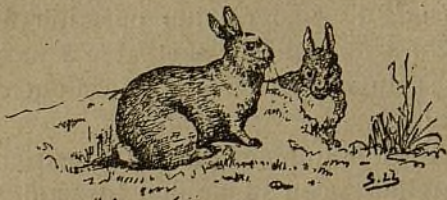
dirigirle, se hacían arrastrar las tripas de una oveja por largos caminos, en los que de vez en cuando se echaba una bola. Así se ampliaba enormemente el campo de acción, y era fácil que el lobo pasase por un punto de los que el cebo había tocado; el lobo, siguiendo el rastro, llegaba inevitablemente al lugar fatal en que la bola había de producirle la muerte.

Cuando las armas de fuego aparecieron, todos estos «ingenios» perdieron su fuerza. Los vascos aprendieron á manejar perfectamente la escopeta, y á su certera puntería sucumbieron los osos, los tigres, los leopardos y casi todos los jabalíes y lobos y corzos que pudieron huir de trampas y lazos.

Excesivamente largo ha resultado este artículo; pero no quiero cerrarlo sin exponer un hecho que demuestra el tesón con que en todos aspectos defendían sus derechos nuestros antepasados. En las Cortes de Tudela se solicitó que los guardas de caza y pesca, saca del pan, carnes, etc., fuesen naturales del Reino, y en las de Sangüesa se acordó, en 1561, acceder de buen grado á la petición. Para llevar á efecto sin tibiezas el acuerdo, se dispuso que «si hubiese soldado extranjero (extranjero era todo el que no era navarro) que fuese guarda de caza ni pesca, que se advierta, y se le quitará».

Donde quiera que miremos, nuestra antigua historia nos ofrece chispas de luz con que encender de nuevo la antorcha de nuestra propia existencia.

JOSÉ M.^a DE OJARBIDE

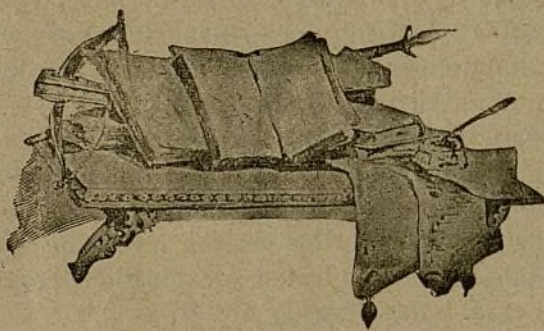


BATIDA Á LOS JABALÍES

El Alcalde de Urdax (Navarra) ha solicitado del Gobernador autorización para que el vecindario pueda dar una batida á

los jabalíes que abundan en aquella región, causando grandes perjuicios en los sembrados.

Recomendamos por su gran utilidad, el libro de las **Sentencias dictadas por el Tribunal Supremo de Justicia** en materia de caza, desde la publicación de la ley de 16 de Mayo de 1902, recopiladas por J. Box. Todos los Sres. Jueces, Abogados, Procuradores, guardas jurados, Guardia civil y cazadores deben de adquirirlo. Esta Administración los facilita al precio de 60 céntimos. Nuestros lectores de provincias enviarán 30 céntimos más para franqueo y certificado.



NOTICIAS

Ha fallecido en esta Corte el notable y conocidísimo Abogado D. Gerardo Campo Yagüe, Vocal de la Junta directiva de la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España, y excelente y entusiasta aficionado á la caza.

Reciba su distinguida familia la expresión sincera de nuestro profundo pesar.



Imprenta de Jaime Ratés, costanilla de San Pedro, 6.